

CAMBIO DE GUARDIA

En busca de la *areté**In search of areté*

Miguel Castro Neira

¿Qué es trabajar? ¿Es solo ejecutar tareas a cambio de un salario? ¿O es una forma de estar en el mundo, un modo de relacionarnos con la materia, con los otros y con nosotros mismos?

Cuando trabajamos, transformamos algo exterior. Pero ¿nos transformamos también nosotros? El médico que diagnostica durante años, ¿solo identifica enfermedades o perfecciona también su juicio clínico, su serenidad ante la urgencia? El profesor que explica día tras día, ¿solo transmite conocimiento o cultiva su paciencia, su claridad expresiva, su capacidad de adaptar el mensaje a sus alumnos?

Aristóteles distinguía entre dos tipos de actividad. Por un lado, la *praxis*, acciones cuyo valor está en el propio acto de realizarlas, como educar, curar, deliberar, cuidar. Su bien no está solo en el resultado (el estudiante educado, el paciente curado), sino en el mismo acto educativo o de curar. Por otro lado, la *poiesis*, busca un resultado externo, como fabricar una silla, construir una casa, escribir un informe. Aquí el valor está en el producto logrado, la acción misma pierde relevancia, es un medio para obtener ese fin externo¹.

Para el filósofo estagirita, toda acción humana busca la *eudaimonía*, la felicidad. Entendida esta como el florecimiento integral de la persona, no como un placer superficial. Por tanto, el trabajo, al ocupar tantas horas de nuestra vida, es uno de los espacios donde podemos alcanzar esa *eudaimonía*. Así un trabajo realizado solo como medio para obtener un salario nos puede empobrecer. En cambio, un trabajo realizado con excelencia nos puede perfeccionar. La cuestión no es solo *qué* hacemos, sino *cómo* lo hacemos y en *quiénes* nos convertimos al hacerlo.

Pero, para esta búsqueda del florecimiento a través del trabajo, son necesarias tres dimensiones inseparables. El perfeccionamiento personal, porque el trabajo puede ser espacio de virtud; la justicia en las relaciones laborales, porque no se puede pedir excelencia en un entorno injusto; y el compromiso moral social, esa actividad que trasciende a lo contractual y nos vincula a los demás más allá de lo legal.

La excelencia como construcción del carácter

La *areté*, que traducimos como virtud o excelencia, no es una cualidad abstracta; es la expresión de nuestras capacidades llevadas a su mejor forma a través de la práctica constante. Nadie se vuelve justo sin actuar justamente, ni prudente sin deliberar repetidamente. Este concepto de excelencia práctica es fundamental en cualquier disciplina, y en la medicina cobra una especial relevancia.

En este ámbito, la excelencia se manifiesta a través de la *phronesis*, esa sabiduría práctica que permite discernir lo apropiado en cada situación concreta. No se trata de mero conocimiento técnico, sino de la capacidad de saber cuándo y cómo aplicarlo.

Esta integración de excelencia técnica y sabiduría moral es lo que nos permite diferenciar entre el *buen médico* y el *médico bueno*. El *buen médico* es competente técnicamente, domina su especialidad y no comete errores; el *médico bueno*, por su parte, cultiva además virtudes como la dedicación, la paciencia, la prudencia y la humildad. Como señalan Pellegrino y Thomesma, servir plenamente al paciente requiere combinar las virtudes intelectuales (sabiduría teórica y práctica) con las virtudes morales (generosidad, justicia, fortaleza, templanza)². Esta integración de conocimiento y compromiso se cultiva día a día, en cada decisión clínica, en cada interacción con compañeros y pacientes, demostrando que la verdadera *areté* en medicina es la unión indisoluble de la técnica y la ética.

Ahora bien, la virtud individual requiere de tiempo suficiente para ejercer el juicio clínico, recursos adecuados, reconocimiento del trabajo bien hecho y relaciones de respeto mutuo. Las instituciones que reducen todo a métricas cuantitativas, que tratan a los profesionales como material fungible, erosionan las condiciones para la excelencia.

Sin embargo, incluso en condiciones adversas, la búsqueda de la excelencia sigue siendo deseable. La virtud se cultiva en la acción, incluso cuando las circunstancias la dificultan. Quien espera condiciones perfectas para trabajar bien nunca empezará.

Filiación de los autores: Servicio de Urgencias, Hospital Universitario de Navarra, Pamplona, España.

Contribución de los autores: El autor ha confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Autor para correspondencia: Miguel Castro Neira. Servicio de Urgencias. Hospital Universitario de Navarra. Irunlarrea, 3. 31008 Pamplona, España.

Correo electrónico: miguelcastroneira@gmail.com

Información del artículo: Recibido: 16-2-2026. Aceptado: 22-2-2026. Online: 27-4-2026.

Editor responsable: Antonio Juan Pastor.

DOI: 10.55633/s3me/054.2026

El deber moral más allá del contrato

Vivimos en una sociedad crecientemente contractualista, donde parece que las relaciones humanas solo son válidas si están mediadas por una firma y una contraprestación explícita.

El contrato define los mínimos de la competencia técnica, pero es incapaz de codificar la calidez, la compasión, la mirada atenta o el consuelo. Quien renuncia a estas dimensiones no contratables renuncia a la esencia misma de la medicina como *praxis*. Se convierte en un técnico cualificado. Al blindarse tras el “eso no me toca”, el profesional se protege, pero también se vacía. El verdadero empobrecimiento no es ganar menos dinero, sino dedicar la vida a una actividad a la que le hemos amputado su dimensión moral más profunda³.

Este replegamiento hacia lo contractual es característico de una sociedad que ha olvidado que somos interdependientes y que esta no se sostiene solo por leyes, sino por virtudes cívicas y compromisos morales. Cuando un médico atiende con esmero a un paciente, o cuando acompaña en el duelo más allá de su horario, no está regalando trabajo a las instituciones; está tejendo la red de humanidad que nos sostiene a todos. Una sociedad que desalienta este plus moral, que lo tacha de ingenuidad o lo explota cínicamente, es una sociedad que se dirige hacia su propia disolución ética⁴.

Conclusión: el retorno a la *eudaimonía*

Reducir la medicina a mera *poiesis*, a producción de resultados, nos empobrece existencialmente y vacía de sentido una actividad que, por su naturaleza, toca los límites de la vida humana.

La búsqueda de la *areté*, de esa excelencia que es a

la vez técnica y moral, es una necesidad en la época en la que vivimos. Frente a la fragilidad de las instituciones y la precariedad de los contratos, la virtud personal y la justicia colectiva se erigen como los únicos baluartes que nos permiten no solo trabajar, sino vivir en el trabajo.

En el célebre cuadro *Goya a su médico Arrieta*, el pintor dejó inscrito un testimonio sobre lo que significa la excelencia médica: acierto y esmero. Supo reconocer en su médico tanto el conocimiento profesional (el acierto técnico) como la actitud ética (el esmero en el cuidado). Esa combinación es precisamente lo que define la *areté* médica.

La ética del trabajo en medicina, por tanto, no es una lista de prohibiciones ni un manual de etiqueta. Es una invitación a recuperar la *praxis*, a entender que, al cuidar al otro con excelencia, justicia y prudencia, el profesional no se está desgastando en favor de un tercero, sino que se está construyendo a sí mismo. Trabajar bien es, en última instancia, una forma de ser feliz.

La *eudaimonía* aristotélica no es un destino al que se llega tras la jubilación, es una forma de caminar. Y aunque el sistema a veces parezca conspirar contra ella, la excelencia sigue siendo una elección posible, un acto de resistencia silenciosa que afirma, contra toda lógica mercantil, que la medicina sigue siendo, ante todo, un encuentro humano.

Bibliografía

- 1 Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Madrid: Alianza Editorial; 2014.
- 2 Pellegrino ED, Thomasma DC. *Las virtudes en la práctica médica*. Madrid: Editorial UFV; 2019.
- 3 Camps V. Los valores éticos de la profesión sanitaria. *Educ Med*. 2015;16:3-8.
- 4 Camps V. *Virtudes públicas*. Barcelona: Arpa editores; 2019.